

LO “PEQUEÑO” ES IMPORTANTE

2 de Febrero de 2014

Lectura del evangelio según LUCAS 2, 22-32

Cuando llegó el tiempo de que se purificasen conforme a la ley de Moisés, llevaron al niño a la ciudad de Jerusalén para presentarlo al Señor, (tal como está prescrito en la ley del Señor: *Todo primogénito varón será consagrado al Señor*) y ofrecer un sacrificio (conforme a lo mandado en la ley del Señor: *Un par de tórtolas o dos pichones*).

Había por cierto en Jerusalén un hombre llamado Simeón, justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel, y el Espíritu Santo descansaba sobre él. El Espíritu Santo le había avisado que no moriría sin ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo y, en el momento en que entraban los padres con el niño Jesús para cumplir con él lo que era costumbre según la ley, él lo cogió en brazos y bendijo a Dios diciendo:

-Ahora, mi Dueño, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto la salvación que has puesto a disposición de todos los pueblos: una luz que es revelación para las naciones y gloria de tu pueblo, Israel.



Es una frase común que «Dios escribe recto con renglones torcidos». La usamos cuando queremos dejar constancia de que asistimos a situaciones inesperadas, inexplicables, que nos superan o que no

sabemos cómo encajar en nuestros esquemas mentales rígidos. Una persona que cambia de la noche a la mañana, y pasa de ser un crápula a «buena gente». Una situación tenebrosa que se cambia en luminosa. Una realidad desesperante que



recobra una fuerza y una vida inesperada. Dios se sirve con frecuencia de la sorpresa y de lo sorprendente, de lo nuevo y lo novedoso, para que nunca nos cñamos a nuestras fuerzas, a lo evidente, a lo humanamente posible. Dios se sirve de lo pequeño, de lo insignificante, para que nunca digamos con orgullo y soberbia que nuestros éxitos son obra exclusiva de nuestras manos. Estamos acostumbrados a despreciar lo sencillo, lo limpio, lo mínimo... y Dios nos demuestra que con lo que nosotros despreciamos, Él hace maravillas. Pero, ¿sabemos ver los «renglones torcidos» de Dios como signos de su hacer en nuestras vidas?

EL SUFRIMIENTO DE LAS VÍCTIMAS DEBE SER TOMADO EN SERIO

UNA LABOR DE HORMIGUITA

Profesora en la Universidad de Lomé (Togo), Brigitte Kafui Adjagbo-Johnson ex-ministra y defensora de los derechos de la mujer, afirma que en su país queda mucho por hacer en este campo, que *"es una labor de hormiguitas"*, pero que voluntad política existe, incluso entre los jefes de los pueblos, para alcanzar el cambio en la vida de las mujeres *"Lo que hace falta para experimentar este cambio -añade- es realizar sobre el terreno programas que permitan a las mujeres conocer sus derechos y reivindicarlos. Ello supone una educación adecuada en la igualdad y que ellas mismas vayan sensibilizando a la población"*.

Cuando se le pregunta a Kafui en dónde incide más la violación de los derechos de las mujeres se queda pensativa un momento y responde: *"Es difícil contestar, porque el día a día de las mujeres es una constante violación de derechos: en la familia, en la comunidad, en el trabajo. Cada día las mujeres son objeto de violencia, acosadas sexualmente, impedidas para que trabajen la tierra, no tienen acceso al crédito, ni a la tecnología... Es fácil para un hombre dejar a una mujer y a su posible prole. Todo esto agrava la pobreza de la mujer"*.

Para reflexionar

¿Qué cosas nos sorprenden en la vida: lo grande o lo pequeño?

¿Qué admiramos: lo que nos supera o lo que controlamos?

¿En qué cosas encontramos la presencia de Dios?



¿Cómo llegarán los últimos a ser los primeros?

A Jesús lo vemos siempre junto a los más necesitados: las gentes más nutridas y enfermas de Galilea, los pobres más indefensos y olvidados por la religión, los más despreciados o indeseables. Él nos invita a empezar por humanizar la vida de los últimos. ¿Por qué has de seguir muriendo millones de seres humanos si en el mundo actual hay recursos suficientes para todos? ¿Por qué tenemos que ser competitivos antes que humanos? ¿Por qué tiene que ser el poder de los más fuertes y no la solidaridad compasiva la que rija las relaciones entre los pueblos? ¿Por qué hemos de aceptar como algo normal e inevitable un sistema que, para asegurar nuestro mayor bienestar produce tanto sufrimiento y muerte? ¿Por qué hemos de seguir alimentando el consumo y la producción sin límites, generando una espiral insaciable e infantil de necesidades superfluas que nos vacían de sensibilidad humana? La solidaridad compasiva nos puede hacer más humanos y más cristianos.